



MEGAN MAXWELL

PASA
la NOCHE
CONMIGO

Pasa la noche conmigo

Pasa la noche conmigo

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2016
ISBN: 978-84-08-16272-8
Depósito legal: B. 20.329-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Guerreras y guerreros:
Como dice el increíble novelista Paulo Coelho,
lo difícil atrae, lo imposible seduce
y lo extremadamente complicado enamora.
Mil besos,

MEGAN

Capítulo 1



Como siempre, el bullicio en el aeropuerto Galeão de Río de Janeiro era frenético.

Tras bajarse del taxi que lo había llevado hasta la terminal, Dennis, un alto y atractivo brasileño, se despidió del taxista con amabilidad y se dirigió a hacer el *check-in* de su maleta.

Buscó entre los mostradores de Iberia a Tainara, la amiga de su hermana Wenda, y cuando ésta lo vio le hizo una señal para que se pusiera en su cola. Ella podía facilitarle mucho los trámites del viaje.

Mientras esperaba pacientemente en la fila masticando su chicle de cereza y escuchando música a través de los auriculares de su iPhone, Dennis pensó en su familia y sonrió. Haber pasado aquellos días con ellos antes de incorporarse a su nuevo trabajo en Londres había sido maravilloso.

Miró a su alrededor. Todos se veían felices. Viajar, por norma, alegraba a la gente. Hasta que sus ojos repararon en dos mujeres con unas llamativas pelucas de color rosa y verde que esperaban su turno en la misma fila que él, y sus movimientos llamaron su atención.

No daban la impresión de estar muy felices. Parecían discutir; mientras la del pelo rosa intentaba salirse de la fila para regresar junto a un hombre moreno que las observaba, la de la peluca verde la sujetaba del brazo y gruñía en inglés:

—Priscilla, haz el favor de ser juiciosa, que te recuerdo que la juiciosa siempre has sido tú.

—Pero, Lola...

—Nuestras vacaciones acababan hoy y tenemos que coger el avión. Fin del capítulo.

La de la peluca rosa suspiró y, señalando al morenazo que las observaba a pocos metros de ellas, respondió:

—Lola, míralo... ¡Es tan mono! Pero si hasta puedo rallar queso en sus abdominales.

—Sí, tienes razón —se mofó la otra.

—Por Dios, Lola, ¡me lo merezco tras lo que me hizo Conrad! A Lola le dolió oír el nombre de su excuñado.

—¡Conrad!... —repitió Priscilla molesta—. No sé por qué lo menciono.

Con pena, Lola miró a su hermana. Pobrecita, lo estaba pasando fatal. Pero entonces ésta insistió:

—Voy a continuar un día más con mis vacaciones de pendón y la peluca rosa, te pongas como te pongas.

Lola observó a João, el brasileño que su hermana había conocido en su breve estancia allí, y entonces la oyó suplicar:

—Sólo un día más.

—No.

—Lolaaaaaaaaaaaaaaaa...

—Priscilla Simmons..., ¡no!

—Lola Simmons..., ¡por favor!

—Priscilla..., te vas a quitar la peluca y vamos a coger ese maldito avión. Luego acomodaremos nuestros lindos traseros en los mullidos sillones de *business*, donde dormiremos y veremos películas y, cuando lleguemos a Múnich, aterrizaremos para después despegar con destino a Londres, y no se hable más —gruñó la del pelo verde sin percatarse de que Dennis las observaba.

Al oír que su hermana rechinaba los dientes, Priscilla sonrió y, sin importarle el tono amenazante de aquélla, respondió:

—Ódiame, rechina los dientes, pero no pienso subir mi trasero al avión. Voy a cambiar otra vez el billete.

Lola abrió la boca y, mirándola, protestó:

—¿Otra vez? ¡¿Te has vuelto loca?!

—Quizá sí, pero...

Molesta, la del pelo verde se acercó a ella.

—Pero nada..., vas a coger el avión conmigo sí o sí. Le vas a decir adiós a ese brasileño mono y resultón que te ha dado samba al cuerpo y vamos a regresar a casa.

—No puedo..., mi cuerpo pide... ¡samba caliente!

Sin poder evitarlo, Lola sonrió.

—Priscilla..., piensa en mamá...

—No metas a mamá en esto, ¡tramposa!

—¡Priscilla!

—Lola..., Lola..., Lola...

—Ay, Dios..., ¡me vas a gastar el nombre! —se quejó ella.

—Por favor, no me hagas esto —la cortó su hermana—. El próximo avión a Londres sale dentro de diez horas. ¿Qué son diez horas si mi cuerpo se va pletórico?

—Priscilla, hemos retrasado la vuelta ya dos veces, y sabes que he de regresar porque tengo infinidad de cosas que organizar antes de comenzar a trabajar y no puedo aplazarlo ni un día más.

—Lo sé..., lo sé.

—¿Entonces...?

—Tú vete, ¡que yo lo entiendo! —La del pelo rosa sonrió—. Pero no te enfades conmigo por mi impulsividad en lo referente a João. Al fin y al cabo, no me espera nadie en casa.

Sin poder creerse la cabezonería de su hermana, Lola se tapó la cara con las manos mientras soltaba un gracioso chillidito de frustración.

—Bueno..., tampoco es para tanto —se quejó Priscilla.

—Mamá se va a disgustar.

—Lola..., ojalá mamá se enterara y se disgustara, pero no es así. Por tanto, no me vengas con ésas.

A cada segundo más desconcertada, la aludida preguntó mirándola:

—Pero ¿cómo voy a regresar sin ti a casa?

—Si te pregunta papá, dile que me puse cabezota. O dile simplemente que me compré una peluca rosa, me volví loca y me empeñé en acostarme con un brasileño que había conocido unas cuantas veces más antes de regresar a mi fría y aburrida vida en Londres.

—Priscilla...

—Por favor..., por favor... —insistió aquélla.

Ver la cara de su hermana haciéndole ojitos al final hizo sonreír a Lola y, resignada, la joven se encogió de hombros y murmuró abstraída en sus pensamientos:

—De acuerdo. Tú sabrás lo que haces.

Aquél era su viaje. El viaje de hermanas que hacían todos los años y al que siempre las había acompañado su hermano Daryl, hasta que éste comenzó a trabajar de piloto en una compañía aérea y sus obligaciones se lo impidieron.

Priscilla, Daryl y Lola eran hermanos de padre. De un padre difícil de tratar llamado Colin Gabriel Simmons, que, tras conocer a Elora Seford, una historiadora que impartía clases en el colegio del padre de Colin, se casó con ella obligado por su progenitor. Un año después, del fruto de esa unión nació Priscilla, una preciosa niña rubia como la madre.

Pero a Elora le encantaba su trabajo. Era una excelente y aclamada historiadora londinense, y para el padre de Colin, historiador también, ella se convirtió en su ojito derecho, una complicidad que su hijo no soportaba. No sólo había tenido que casarse con la mujer que su padre le había impuesto, sino que además ahora debía aguantar que aquél estuviera más orgulloso de ella que de él, y eso hizo que el matrimonio se distanciara. Colin volvió a su vida de mujeriego y, junto a sus amigos, disfrutaba de la noche con discreción.

Elora y él vivían en la misma casa, pero no compartían habitación. Era la manera que Colin tenía de castigar a su mujer por tener mejor relación con su padre que él. Elora trató de hablar con él, intentó hacerle ver que el hijo era el heredero de aquella institución, y no ella, pero le fue imposible. Colin estaba resentido con su progenitor y con el mundo entero en general, y Elora decidió asumirlo y callar por amor.

Así estuvieron nueve años. Nueve años en los que nadie sospechó la verdadera vida que aquéllos llevaban tras las puertas de su hogar.

Durante ese largo tiempo de distanciamiento, una noche en la que Colin salió de cena con sus amigos, conoció a María, una chica hippy de madre española y padre irlandés que lo sacaba de sus casillas, pero de la que se enamoró perdidamente en apenas quince días por su locura y su impulsividad.

De esta relación clandestina nació Lola, una preciosa niña pe-

lirroja de ojos verdes como los de su padre, que, al igual que su hija Priscilla, que ya tenía nueve años, le robó el corazón.

Pero María era un espíritu libre y, cuando decidió marcharse con Lola, Colin no pudo hacer nada, pues no quería que la gente supiera de su infidelidad. En el mundo elitista en el que se movía no habría estado bien visto que hubiera tenido una hija fuera del matrimonio y, desesperado, las dejó marchar.

Elora, que lo observaba en silencio, se compadeció de él al ver su dolor y, a pesar de que tenía conocimiento de la existencia de aquella niña y del amor que Colin le profesaba a aquella mujer, lo aceptó en su cama y lo consoló.

Nueve meses más tarde, Elora dio a luz a un niño al que le pusieron de nombre Daryl Michael Simmons, y que se convirtió rápidamente en el orgullo de su padre.

Cuatro años después, una tarde, una pintoresca mujer llamada Diana llamó a la puerta de los Simmons en Wimbledon Park y, cuando Colin vio a aquella niña pelirroja de ojos verdes que se escondía detrás de ella, supo de inmediato que se trataba de Lola.

Elora, que valía más por lo que callaba que por lo que decía, se compadeció de la pequeña. ¿Por qué los errores de los padres siempre tenían que pagarlos los hijos? Y, una vez más, olvidándose de sí misma, permitió que aquella mujer y la chiquilla entraran en su casa en busca de ayuda.

Ese día, Colin se enteró con amargura de que María vivía en una comuna en las Bahamas y que, deseosa de quitarse a la niña de encima, había llamado a su madre, que residía en Londres, y le había ofrecido a la chiquilla a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero. Si ella no la quería, ya encontraría a quién dársela.

Eso escandalizó a Elora y a Colin. ¿Cómo podía una madre hacer eso?

Diana, la madre de María, había ido a por su nieta enseguida. Pero el viaje y el dinero que le había entregado a su hija a cambio de la pequeña consumieron sus escasos recursos económicos y, cuando su hija le confesó quién era el padre, la mujer no lo dudó y acudió a su casa en busca de ayuda. Le gustara o no al señor

Simmons, aquella era su hija y, como tal, tenía que hacer algo para sacarla adelante.

Colin la escuchó atónito mientras observaba cómo Elora sonreía a la pequeña y ésta, feliz, le respondía. Entonces, deseoso de ayudar a la chiquilla, llegó a un acuerdo con Diana: la niña viviría en casa de su abuela y Colin cada mes se encargaría de su manutención y del pago de un buen colegio. A Lola no le faltaría de nada.

Durante cuatro meses, Elora visitó casi a diario a Lola. La cría era un encanto, y la mujer se encariñó con ella. Incluso las tardes o las noches en que Diana trabajaba, Elora se ocupaba de ella. Aquella niña buscaba cariño continuamente en sus brazos y, sin dudar, Elora se lo dio.

Cinco meses después de que Lola apareciese en sus vidas, el padre de Colin murió y él heredó el colegio en su totalidad. Pero el día en que fue nombrado director, una llamada desde un hospital les agüó la fiesta, al enterarse de que Diana, la abuela de Lola, había sido atropellada por un vehículo.

Elora y Colin fueron al hospital y, tras comprobar que la mujer estaba bien, ésta les pidió que la ayudaran con Lola. En la salita colindante había una trabajadora social con la niña. El hospital la había llamado y pretendía llevarse a la pequeña a una casa de acogida mientras ella se recuperaba.

Al oír eso, Elora tomó una decisión que contó con la aceptación de Diana: Colin tenía que reconocer a Lola para que la niña pudiera vivir con ellos y en paz.

En un principio, él se agobió. Cuando la gente se enterase de aquel desliz, su estatus se vería afectado. Pero Elora se plantó, sacó el carácter que nunca había sacado para defender a la chiquilla y lo amenazó diciendo que, si Lola no vivía bajo el mismo techo que sus hermanos, el escándalo lo montaría ella. Diana la secundó.

Viendo que el escándalo sería peor si lo organizaban ellas, Colin aceptó y, aunque al conocerse la existencia de la niña se armó un gran revuelo en Londres, al final, como suele pasar con estas cosas, todo volvió a la normalidad.

Lola fue criada como una hija más por Elora y por Colin. Y Daryl y Priscilla ganaron una hermana y una abuela con Diana. La abuela sacaba de sus casillas a Colin porque se dedicaba a leer la bola de cristal, las manos y el tarot, pero, junto a Elora, formaban una familia feliz.

Sin embargo, por desgracia, María, la hija de Diana, acudía cada cierto tiempo en busca de dinero, que siempre conseguía. Cuando no era Colin, era su madre, pero María en todo momento se salía con la suya.

Cada vez que ella aparecía, Elora se desmoronaba. No por su pequeña, sino por su marido. Colin bebía los vientos por María; aquella mujer lo manejaba, lo atontaba, hacía con él todo lo que quería. Sin duda el amor que Colin sentía por ella aún estaba latente, y eso a Elora le fue rompiendo el corazón.

Los años pasaron, y Lola era consciente del sufrimiento de Elora por culpa de aquella mujer. María, su madre biológica, sólo llevaba desgracias a su vida cuando aparecía, pues ni su abuela ni su padre eran capaces de decir que no a sus caprichos.

Así pues, Lola tomó una decisión drástica en lo referente a su madre biológica. Todo lo que hiciera daño a Elora o a su familia lo quería lejos de su vida, y María era una de esas cosas.

Diana intentaba ser el nexo de unión entre Lola y María, pero cada día le resultaba más difícil; la pasividad de su hija no ayudaba, y el comportamiento de Lola tampoco. Aun así, no desistió. Ellas eran su familia.

Con los años, la salud de Elora empeoró. De pronto, la gran profesora de historia que dejaba a todos con la boca abierta comenzó a comportarse de un modo raro, y eso empezó a preocupar a su familia: olvidaba cosas, su estado de ánimo cambiaba constantemente, se desorientaba... Al final, sus hijos, preocupados por su extraño comportamiento, la llevaron al mejor médico de Londres y, tras varias pruebas, le diagnosticaron Alzheimer.

Saber de su enfermedad fue un gran palo para Elora. ¿Cómo le podía estar pasando aquello?

Sus hijos, asustados, buscaron ayuda con rapidez, pues todo lo que pudieran hacer por su madre era poco. Mientras tanto, el frío

Colin permanecía impasible: ya estaban sus hijos y el dinero para cuidar de Elora.

Y así fue durante mucho tiempo, hasta que cinco años antes Elora había perdido totalmente la memoria y la consciencia y, con todo el dolor del mundo, tuvieron que ingresarla en una residencia ante la imposibilidad de tenerla en casa. Ese día, Colin, el duro Colin, se derrumbó. Sus hijos deseaban lo mejor para ella, y él no se lo negó. Elora lo merecía.

Ese mismo año, en la cena de Navidad, Colin les presentó a sus hijos a Rose, una mujer algo más joven que Elora que llevaba un tiempo formando parte de su vida. En un principio, Rose no fue bien acogida en la casa. En las fiestas, en los cumpleaños, en los comienzos o finales de curso, Rose adoptaba el papel de su madre, y eso no les gustaba nada, pero al final supo ganárselos a todos. Era inevitable no quererla.

—Lola..., Lola... —la llamó Priscilla.

La joven miró a su hermana y ésta preguntó sonriendo:

—¿Ya estabas en Lolamundo?

Ella sonrió también. Siempre que se quedaba pensando en algo, sus hermanos se mofaban diciéndole que estaba en un lugar llamado *Lolamundo*.

—Mira, no alarguemos más esto. Me voy —declaró presurosa Priscilla—. Nos vemos dentro de un par de días en Londres.

Dicho esto, abrazó a su hermana, la besó y se alejó. Al pasar junto a Dennis, ambos se sonrieron y, después, Priscilla corrió hacia João, que la abrazó. Tras besarse, se cogieron de la mano y se encaminaron hacia el exterior del aeropuerto mientras Lola los observaba.

Diez minutos después, Lola facturó su maleta en el mostrador de la compañía para la que trabajaba su hermano. Una vez que su equipaje se hubo alejado en la cinta transportadora, echó a andar, sola y con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, sin ser consciente de que un par de ojos oscuros, vivos y curiosos no habían parado de observarla.

Cuando Dennis llegó al mostrador, saludó a una joven con una de sus insinuantes miradas.

—Hola, Tainara.

Sonrojada, la muchacha asintió. Aquél era el hermano de su mejor amiga, y la pieza de caza por la que muchas se habían vuelto locas durante los días que había estado en Brasil.

—Hola, Dennis —respondió alterada.

Durante un rato hablaron de cosas triviales. Si algo sabía hacer muy bien Dennis era conseguir que las mujeres se rindieran a sus encantos y, cuando la tuvo donde él quería, preguntó:

—¿Podrías hacerme un favor, Tainara?

Ella asintió encantada. Nada la complacería más que hacer lo que él deseara.

—Claro..., será un placer.

Satisfecho al ver cómo ella lo miraba, Dennis murmuró con su melosona sonrisa:

—Sé que en mi vuelo va una amiga mía. Se llama Lola Simmons y viaja, como yo, en *business*. ¿Podrías acomodarme junto a ella?

Rápidamente, Tainara consultó la lista de pasajeros y, al cabo, afirmó sonriendo:

—Solucionado. Ya te he puesto a su lado.

Dennis clavó sus oscuros ojos en los de ella y, sonriendo de nuevo, cuchicheó:

—Gracias. ¡Te debo una copa!

A Tainara se le desbocó el corazón. Tomarse una copa con él sería algo increíble, y ya estaba deseando contárselo a sus amigas.

Después de colocar su maleta en la cinta transportadora, Dennis cogió el billete que le entregaba la chica y, tras guiñarle un ojo con complicidad, se encaminó hacia el control de seguridad para ir al área de embarque.

Esperó su turno para pasar por el arco. Dejó su mochila de cuero negra y su móvil en una bandeja blanca y el iPad en otra y, tras sonreírle a la agente de policía, ésta le hizo un ademán con la cabeza y Dennis pasó. Luego recogió sus cosas y caminó durante un rato por las tiendas del aeropuerto, observando con curiosidad ciertos productos. Cuando vio el perfume que él solía usar, lo cogió y se echó un poco; le agradaba mucho su olor.

Tras su paseo por las tiendas, se dirigió hacia uno de los paneles informativos que había distribuidos por la terminal y, cuando localizó su vuelo, vio la puerta de embarque que le correspondía y se dirigió hacia un Starbucks que había frente a ella.

Pidió un *caffè latte* y se sentó a una de las mesas. Echó un vistazo a su alrededor en busca de la chica del pelo verde, pero, al no verla, abrió su mochila, sacó su iPad, miró en su lista de música y, tras acceder a una carpeta, comenzó a sonar la canción *Por qué llorar*,¹ interpretada por Pastora Soler. Mientras Dennis la tarareaba, comprobó su correo y, después, buscó la prensa digital. Tenía rato para leerla.

Estaba leyendo ensimismado cuando sonó su teléfono móvil. Sonrió al ver el nombre que indicaba la pantalla y murmuró en portugués:

—Oi, mamãe.

Mientras hablaba con su madre, Dennis vio a la mujer que había estado buscando, pero en vez de llevar la peluca verde, esta vez lucía un precioso pelo rojo. ¡Era pelirroja! La observó acercarse a las sillas que había junto a la puerta de embarque y tomar asiento. Con curiosidad, miró cómo ella se recogía su bonito pelo en una coleta alta, y se quedó atontado contemplando su esbelto y tentador cuello. ¡Era muy sexi!

Ella terminó de hacerse la coleta, cogió su móvil del bolsillo de la falda larga que llevaba y consultó algo en él que la hizo sonreír. Luego lo guardó, abrió un enorme bolso, sacó un libro y se puso a leer.

Minutos después, cuando Dennis se despidió de su madre, no se movió del sitio. Continuó sentado en la silla del Starbucks, mientras observaba con disimulo a la mujer que estaría sentada a su lado las próximas trece horas mientras en su iPad sonaba *Insensatez*,² cantada por Mónica Naranjo.

Aquel pelo rojo recogido con descuido la hacía fresca y espe-

1. *Por qué llorar* (*Para que chorar*), WM Spain, interpretada por Pastora Soler. (*N. de la E.*)

2. *Insensatez*, WM Spain, interpretada por Mónica Naranjo. (*N. de la E.*)

cial. La joven se quitó entonces una chaqueta que llevaba y Dennis pudo distinguir un poco más su figura, en especial sus pechos. Unos pechos ni grandes ni pequeños pero tentadores. La boca se le secó. Imaginar a aquella mujer desnuda sobre sus piernas lo excitó y, sonriendo, decidió pensar en otra cosa. No era momento de andar excitado.

Así pasó más de una hora y, cuando la azafata anunció el embarque del vuelo, Dennis guardó su iPad en la mochila, se levantó de su silla y se puso justo detrás de la pelirroja, que seguía sin percatarse del marcaje que aquél llevaba haciéndole desde hacía un buen rato.

El perfume que desprendía era agradable, realmente olía muy bien, pero a Dennis le gustó más aún cómo movía el cuello y se lo rascaba despacio. Por encima de su hombro leyó el título del libro de tapas negras y sonrió. Lo había leído meses antes, recomendado por su amiga Judith.

Una vez que la pelirroja le entregó su billete a una mujer de la compañía aérea que los recogía en la sala de embarque, Dennis la observó caminar. Andaba con confianza, erotismo y certeza. Tras dar su billete a la joven del mostrador, que le sonrió, el brasileño continuó caminando detrás de aquélla. Eso sí, ralentizó su paso, para que, cuando se acercara a su sitio, ella ya estuviera acomodada y lo mirara al llegar.

Algo acongojada por dejar a su hermana Priscilla allí, Lola caminaba hacia el avión. Tras saludar con un movimiento de la cabeza a la azafata de la entrada, se dirigió a su asiento, situado en la fila central, en clase *business*. De algo servía tener un hermano piloto.

Mientras se acomodaba y oía por los altavoces del avión la suave canción *La chica de Ipanema*,³ interpretada por João Gilberto, se percató de que alguien se paraba al otro lado del ancho pasillo. Al mirar se encontró con un hombre alto, moreno y terriblemente atractivo que le sonrió y la saludó en inglés.

—Hola.

3. *Garota de Ipanema*, Doxy Records, interpretada por João Gilberto. (N. de la E.)

Lola clavó los ojos en él y lo observó unos segundos. Aquel hombre tenía una turbadora y hechizante mirada; sin embargo volvió en sí, se colocó un mechón rojo tras la oreja y le devolvió el saludo de forma escueta:

—Hola.

Durante unos segundos ambos estuvieron a lo suyo, hasta que Dennis vio que ella se sentaba y, mirándola al ver que tarareaba la canción, indicó:

—Preciosa canción, la *Garota de Ipanema*.⁴

Al oírlo, Lola asintió.

—Sí. Muy bonita.

Sin darse por vencido, el guapo brasileño sonrió e insistió:

—Parece que viajaremos juntos.

—Eso parece —se limitó a responder ella mientras abría su libro.

Sin decir más, él dejó su mochila junto al asiento de la mujer y, rápidamente, una de las azafatas acudió en su ayuda. Dennis fue encantador con ella, que le sonreía ensimismada, mientras observaba con el rabillo del ojo cómo la joven pelirroja volvía a sumergirse en el libro.

Una vez que la azafata se marchó de su lado, él abrió su mochila negra, sacó su iPad y lo dejó sobre el asiento. Después colocó la mochila junto a su cazadora y, tras sentarse, observó a su compañera de viaje y preguntó:

—¿Quieres un chicle?

Ella lo miró y, al ver que era de cereza, repuso sonriendo:

—No, gracias.

Dennis se guardó el paquete de chicles y, en vista de que aquella no parecía con ganas de hablar, comenzó a trastear con la pantalla de televisión que tenía ante él para ver las películas que había disponibles.

Con disimulo, Lola miraba cómo él manejaba con gran habilidad el mando a distancia de la televisión, que estaba acoplado al brazo del asiento. Sin duda, no era la primera ni la segunda vez

4. Véase la nota 3. (*N. de la E.*)

que lo utilizaba y, olvidándose de su libro, observó las películas que aparecían en la pantalla. Había al menos tres de ellas que no había visto, y sin duda las vería.

En ese instante se oyó por los altavoces:

—Buenas tardes, señores pasajeros. El comandante y la tripulación les damos la bienvenida y las gracias por elegir el vuelo de la compañía Iberia con destino a Londres, que hace escala en Múnich...

Mientras la azafata continuaba hablando a través de los altavoces, sus compañeras pasaron para preguntarles con amabilidad si deseaban algo de beber. Tanto Lola como Dennis pidieron una copa de vino blanco, lo que hizo que ambos se miraran y sonrieran. Entonces, aprovechando la situación, él murmuró:

—No es el mejor vino del mundo, pero no está mal.

Lola asintió, y él prosiguió:

—Odio volar, pero tras las vacaciones en mi tierra he de regresar a Múnich, y un vino nunca viene mal para templar los nervios.

La joven sonrió y, bajando el libro, comentó:

—Pues, para no gustarte los aviones, tienes un vuelo de más de trece horas por delante.

Dennis asintió y, sonriendo como sólo él sabía, afirmó:

—Ha merecido la pena sólo por haber visto a mi familia.

La joven sonrió de nuevo al oír eso, y entonces él le tendió la mano y se presentó:

—Mi nombre es Dennis. Dennis Alves.

Lola sonrió. Sin duda le esperaba un buen viaje por delante con aquella compañía; le cogió la mano y soltó, mientras se la estrechaba:

—Keira. Keira McCarty.

—¿Irlandesa?

Ella asintió. Le gustaba utilizar el nombre y el apellido de su bisabuela materna y, tocándose el cabello rojo, se mofó:

—Mi pelo lo grita a los cuatro vientos.

Dennis se sorprendió al oír el nombre con el que ella se había presentado, pues sabía muy bien que se llamaba Lola, concretamente, Lola Simmons. No obstante, como no quería revelar lo

que sabía, sin soltar su mano, se la llevó a los labios, le besó los nudillos y murmuró:

—Encantado de conocerte, Keira.

La joven asintió. Sin duda, aquel hombre era un depredador sexual como lo era ella con quien se le antojaba y, dispuesta a no dejarse amedrentar ni por él ni por nadie, sonrió y, cogiendo de nuevo su libro, prosiguió su lectura. Quedaba mucho viaje.

Quince minutos después, el avión empezó a moverse, y de nuevo se oyó por los altavoces:

—Señores pasajeros, siguiendo las normas internacionales de la aviación civil, vamos a efectuar una demostración sobre el uso del cinturón de seguridad, el chaleco salvavidas, la localización de las salidas de emergencia y las máscaras de oxígeno. Por favor, es muy importante que presten atención. El cinturón de seguridad debe...

Dennis se fijó en la azafata que, en el pasillo, realizaba movimientos con un cinturón de seguridad en la mano, y se alegró al ver que ésta lo miraba con una sonrisita. Estuvo atento a todo lo que ella hacía y, en cuanto acabó, supo que el avión despegaría al cabo de breves segundos.

Cuando, poco después, el aparato enfiló la pista de despegue y los motores sonaban a tope, Lola observó con disimulo cómo el brasileño se agarraba con fuerza al asiento. Ver aquello le hizo gracia.

¿Cómo un tío tan grandullón y que parecía tan seguro de todo podía tener miedo a volar?

El avión comenzó a acelerar, a acelerar y a acelerar, y Dennis cerró los ojos.

—Tranquilo..., no pasa nada —oyó de pronto—. Todo va bien.

Al oír la voz de la joven, él abrió los ojos y, mirándola totalmente agarrotado, replicó:

—Lo paso fatal cuando despego o aterrizo porque sé que es el momento más peligroso.

—¡Pero si es lo más divertido! —se mofó ella.

—Lo siento, pero no puedo ni sonreír —susurró él, a quien los nudillos se le pusieron blancos cuando el avión inició su ascenso.

Sin pensarlo, Lola entrelazó sus dedos con los de él y, mirándolo, empezó a hablarle para distraerlo. Cuando terminó el despegue y el avión se estabilizó, le soltó la mano y afirmó con positividad:

—Ya está. ¡Se acabó la subida! Ahora tendremos un estupendo vuelo hasta Múnich.

Encantado, el brasileño se relajó. Se sentía ridículo, pero le regaló una fantástica sonrisa para agradecersele y dijo:

—Muchas gracias por tu ayuda.

—Tranquilo. Para eso están los compañeros de viaje.

A él le encantó la sonrisa de aquella muchacha, justo en el momento en que ella cogía de nuevo su libro y volvía a ensimismarse en la lectura.

Una hora después, la azafata les dejó unas bebidas, unos cacahuetes y unas aceitunas de las que dieron cuenta en silencio, cada uno sumergido en sus cosas. Pero cuando llegó la hora de la comida, mientras ambos degustaban lo que las azafatas habían puesto ante ellos, Dennis miró a Lola y le preguntó:

—Keira, ¿has estado en Brasil por trabajo o por placer?

Una vez que hubo tragado el trozo de pollo que tenía en la boca, ella contestó:

—Placer. He estado de vacaciones con mi hermana.

Él asintió y preguntó a continuación haciéndose el tonto:

—¿Tu hermana vive en Río y fuiste a verla?

—No. —Lola sonrió—. Ella no es de Río, pero digamos que conoció a alguien allí y ha preferido apurar su viaje un día más.

—Woooo..., eso suena muy bien. —Dennis también sonrió.

—Sí —respondió ella riendo—. Sin duda para ella suena bien, pero para mí será otra cosa cuando mi padre vea que regreso sola.

—Pero no es culpa tuya. Como tú dices, tu hermana ha decidido retrasar su viaje.

Lola asintió. Era consciente de que él llevaba razón.

—Lo sé —respondió, e intentando cambiar de tema, añadió—: Intuyo que tú también estabas en Brasil por placer.

—Aprovechando las vacaciones en Múnich, vine a visitar a mi familia —dijo Dennis.

—Pero ¿qué hace un brasileño viviendo en Múnich?

—Trabajar —respondió él sonriendo encantado.

Continuaron comiendo en silencio, hasta que Dennis indicó:

—El libro erótico que estás leyendo lo leí hace tiempo.

Lola miró el libro que tenía en el lateral y oyó que él añadía:

—Es interesante.

Ella asintió. Era un libro con un alto contenido de erotismo y fantasía, y afirmó bajando la voz:

—Y muy morboso.

A continuación, ambos rieron; como siempre, el sexo ocasionaba risas. Entonces, el brasileño preguntó sin cortarse una pizca:

—Y ¿qué piensas con respecto a lo que lees?

—¿A qué te refieres?

Sabedor de la atracción que ejercía entre las mujeres, Dennis se acercó un poco más a ella y murmuró:

—Me refiero a si lo ves factible o eres de las que se asustan ante estos temas.

Durante varios segundos, ambos se miraron. Sin duda, estaba claro lo que pensaban en relación a lo que ponía en aquel libro, así que, dejándose llevar por el momento, y consciente de que con seguridad no volvería a ver a aquel guapo moreno en su vida, Lola acercó la cabeza a la de él, y a tan sólo un par de centímetros de su boca respondió mirándolo a los ojos:

—Me gusta lo que leo. Creo que todos tenemos fantasías y no me asusta el sexo.

Sin apartarse de ella, sabiendo que la tenía donde quería, el brasileño sonrió y oyó que ella añadía:

—Y, aunque pienses que has conseguido lo que buscabas de mí, he de ser sincera y decirte que he sido yo quien lo ha conseguido.

—Dennis, que no entendía nada, frunció el ceño, y ella prosiguió—: Te vi en la sala de embarque y rápidamente sentí que me observabas. Estabas sentado en el Starbucks, tomándote algo y jugueteando con tu iPad, aunque mirarme te entretenía mucho más. Después, durante el embarque, mientras hacíamos cola, te sentí detrás de mí y eso me agradó. Es más, me encantó tu perfume. ¿Cuál llevas?

—Loewe 7.

Lola asintió al tiempo que en su interior sonreía al ver al brasileño tan descolocado.

Le encantaba desarmar a los hombres, y cuanto más creídos y seguros de sí mismos eran, más disfrutaba. Así pues, continuó:

—Aunque no lo creas, proseguí con mi juego y me excitó saber que me mirabas mientras caminaba delante de ti. Aunque no veía tu cara, sabía que observabas el movimiento de mis caderas al andar, y yo lo acentué dispuesta a hacerte ver lo segura que me siento como mujer. Y ya ni te cuento cuánto me sorprendí al descubrir que eras mi compañero de viaje. Por tanto, no creas que yo he sucumbido a tus encantos; digamos más bien que tú sucumbiste a los míos desde el momento en que yo me lo propuse.

Sorprendido, estupefacto y pasmado, Dennis parpadeó cuando aquélla, sin un ápice de vergüenza, posó los labios sobre los suyos y, rozándose los, murmuró:

—Eres sexi, tentador, y algo me dice que muy apasionado en la cama, pero estoy cansada y quiero llegar a mi casa.

Boquiabierto, Dennis no se movió.

En cuanto al sexo se refería, el depredador siempre había sido él, pero sin duda aquella pelirroja de ojos verdes y descarados no se quedaba atrás.

Cuando abrió la boca dispuesto a aceptar la sugerente lengua de ella, Lola sonrió y, tras darle un leve piquito en la punta de la nariz, musitó regresando a su butaca:

—Y, ahora que ya hemos puesto las cartas sobre la mesa, ¿qué te parece si cada uno ve una película y enfriamos el momento?

Dennis asintió.

En la vida había conocido distintos tipos de mujeres: divertidas, alocadas, tímidas, sonrientes, miedosas, entregadas... Pero aquella clase de mujer, tan clara, tan concisa, tan segura de sí misma, era algo nuevo para él.

—Veamos una película —murmuró finalmente—. Será lo mejor.

Lola sonrió y se arrellanó en su asiento. Si algo había aprendido desde pequeña, era a ir un paso por delante, y con aquél había sido así.